



(Rouen.)

## SERPIENTE DE MAR.

Los papeles americanos y el *Diario del Havre*, han dado curiosos detalles sobre una enorme serpiente de mar que encontró el paquebot *el Hoers* en la altura de las islas Azores; y Mr. Horn, otro de los pasajeros del buque en la travesía, ha suministrado recientemente datos que prueban la existencia de este monstruo marino. En los países en que se tiene poco conocimiento de la mar y sus fenómenos, no saben á qué atenerse, y dudan á veces de esta verdad, y muchas la miran como cuento de niños, que provoca á risa. Sólo es sin embargo tamaño descubrimiento, y trataremos de demostrar el orden de los hechos que constan, revestidos de toda autenticidad por las diversas relaciones ya publicadas, y hasta por la crítica misma discutidas. Tamaños datos los consideramos tanto mas interesantes á la historia natural, cuanto que han visto varias y repetidas veces la serpiente marina muchos navegantes que en sus travesías se sucedieron en los mismos sitios. No seria pues extraño que la hallasen todavía en la embocadura del Océano, y hasta quizá en el mismo Mediterráneo, donde tambien se ha visto, aunque rara vez, y en muy atrasados tiempos.

Parece que su morada la haya actualmente en las aguas del Norte, y su existencia es en Noruega de vulgar notoriedad. De aquel punto á lo menos nos han llegado detalladas descripciones de la serpiente, y coinciden muy bien con la relacion de los navegantes que han hecho constar su encuentro. Con cuidado y esmero se han reunido y comparada sus diversos testimonios en un profundo artículo de la *Retrospección Revista*, consagrándose á probar la realidad de algunos animales extraordinarios, falsamente considerados como apócrifos. De él sacamos la mayor parte de las siguientes nociones, desenterrando las demas de algunas obras de la edad media y de la antigüedad, aunque semejante asunto, por la naturaleza de sus pruebas, pertenece mas bien á cierta erudición histórica, que á ciencias de observacion directa y experimental. ¡Cuántas veces las ciencias naturales, siguiendo únicamente esta última marcha tan satisfactoria para los fenómenos que

están á su alcance descubrir, se han visto obligadas á recurrir por ciertos puntos á los cuales estienda no obstante su dominio! Toda la parte viviente de la zoología, es decir, las costumbres de los animales, no la adquiere la ciencia sino por medio de los domésticos, ó por otros que aunque salvajes, viven en medio de nuestras comarcas, y se prestan á las continuas observaciones de los cazadores y de la gente del campo. Empero las bestias que por su enorme cuerpo, indómita ferocidad, ó excesiva independencia de su vida, se alejan de los hombres civilizados, ¿cómo se han de conocer sus costumbres, sino es por la relacion de algunos atrevidos viajeros que se hayan aventurado á entrar en sus solitarias y casi impenetrables guaridas? Porque, necio fuera quien pretendiese conocer sus costumbres observando á las cautivas fieras del *Retiro*; y dudo que se encuentre sabio alguno que haya vivido en los desiertos y selvas vírgenes con los rinocerontes, tigres y orangutanes. Con respecto á peces, mas difícil lo miro aun, y así es que no creo pueda escribirse un completo tratado de las costumbres de esos hijos de las aguas.

La profundidad del mar nos ocultará siempre sus impenetrables misterios, y los numerosos pescados que conocen los mas hábiles ichtyologistas forman probablemente la menor parte de los habitantes del mar, y aun esto porque viven en las regiones superiores. Si desde la cima de las mas elevadas montañas que coronan á nuestras islas, descendemos gradualmente hasta sus mas profundos valles, ¿quién nos asegura que allí en la masa líquida, no reine la mas completa calma jamás interrumpida por las tormentas; que no haya en su centro enormes animales acuáticos sin agallas con que poder nadar, arrastrándose constantemente por el suelo cubierto con la elevacion de la bóveda líquida? Los pescados de agallas tal cual los conocemos, viviendo en las diversas regiones de aquel centro, serian respecto de los animales cuya existencia figura nuestra imaginacion, lo que son las aves respecto de los animales terrestres. Esta hipótesis, ciertamente peregrina, nada usurpa en el campo de la ciencia, porque pertenece á aquellas que nacen al azar de la esperiencia á someter á su jurisdiccion, á menos que á consecuencia de algun casualismo de los

que han púlcido varias veces al globo antes que existiese el género humano (1), no tengan algunos huesos fósiles á autorizar hasta cierto punto esta hipótesis con la completa anomalía de su configuración. Cuántas extraordinarias formas y organizaciones cuyos principios ni se sospechaban siquiera, pueden prestar una ciencia que á Curvier le ha permitido ligarlos del grandor de un estufante, como son el *Ichtyosaurus* y el *Pliosaurus*; una ciencia de la cual deriva su illustre fundador, al concluir sus importantes descubrimientos: «Dentro de pocos años tal vez, la obra que acaba hoy día, y á que tanto trabajo consagró, será tan solo un ligero tanteo, la primera ojeada casualmente echada á las inmensas creaciones de los antiguos (2).»

La imaginación de los pueblos marítimos se ha entregado siempre á ensueños poéticos y románticas divagaciones respecto de los misterios del centro de la mar. Las maravillosas tradiciones esparcidas en la edad media sobre Alejandro el Grande, nos cuentan, como prueba de su avidez de conocerlo todo, el deseo que tenía aquel rey de ver el fondo de la mar, y el medio de un cofre de vidrio que empleó para hacerse bajar hasta sus mas bajas regiones. Por el desarrollo que recibe esta parte del cuento en una versión en griego vulgar, se ve cuánto gustaban de su relato los marinos del Archipiélago griego, para quienes se escribió aquel libro.

El hombre mas ilustrado, al contemplar bajo un estenso aspecto la innumerable cantidad de seres que debe de recalar una masa líquida que cubre las dos terceras partes de nuestro globo, admira mas y mas la industria que nos ha hecho conocer y aprovechar para nuestro uso á tan cuantioso número de sus habitantes, y que valiendo de una particularidad de organización que obliga á los cetáceos á subir á respirar de cuando en cuando á la superficie del agua, ha llegado el hombre á triunfar de los mas enormes que el mar abriga en sus entrañas. Verdad es que á pesar de su masa, hacen temblar colosamente á su grosor por sus esfuerzos para salvarse; pero damos las resbaladizas formas, la maravillosa agilidad y la fuerza terrible de la serpiente á un pez cuyo largo apenas alcanza á doscientos y mas pies, que por rara casualidad sube á la superficie del agua, y cuya presencia inspira legítimo miedo á los mas intrépidos marinos, y digamos si todas las fuerzas navales de Inglaterra juntas que se empeñasen en llevar la serpiente marina á la sociedad real de Londres, no darían al mundo aborrido el mas portentoso espectáculo de la naturaleza. La serpiente marina debe de reinar en gafe en el elemento sobre cuya superficie resbalamos nosotros por serpices. Al lado de semejante monstruo, los mas grandes tiburones no serán mas que tiranuelos ó bajíes, en la misma proporción que establece el habitista entre el *leon* y los *osos*. Nota Herodoto, hablando del cocodrilo, que no hay otro animal que presente tanta narración en su corpulencia, entre su nacimiento y la época de su mayor desarrollo; observación que actualmente debemos aplicar á la serpiente marina. Es es probable que en sus primeros años esté expuesta á muchos riesgos, parece tambien que no bien llegue á cincuenta pies de largo, no puede ya encontrar obstáculos para alcanzar á los límites estremos de sus proporciones y existencia.

En este último encuentro, las personas que estaban á bordo del *Hermes*, se halló sorprendido únicamente de las ondulaciones del cuerpo del inmenso reptil, y evaluaron aproximadamente su largo á muchas veces mas que el buque.

Antes de este testimonio, el mas reciente que se había publicado, fué el del mes de agosto de 1817, y es el mas detallado y auténtico, cuando apareció una serpiente de mar en la bahía de Gloucester, en el cabo Ana, á unas treinta millas de Boston. Este último testimonio ofrece necesariamente variaciones que estriban en la dificultad del género de observación; sin embargo, resumiéndolas sacaremos siempre la noción de una serpiente de setenta y cinco pies de largo, de color púrpura, y con la cabeza del tamaño de la de un caballo, resbalándose al través del agua con la mayor velocidad. El ruido que hizo semejante encuentro recordaron otros de igual especie cuya memoria conservaban varias personas indolgentes, y de sus declaraciones resultó que ya se había visto otros monstruos iguales en 1815, uno en Warrens-cove, y otro durante treinta años consecutivos en la bahía de Penobscot.

En 1808 aparecieron tambien algunos alrededor de las islas Hebridas, segun nos dice en su interesante y detallada carta el reverendo Mr. Donald Mac-Lean, quien fué perseguido por uno de aquellos animales, y lo escribió al secretario de la sociedad warneriana de historia natural. De ella resulta un reptil acuático del mismo grandor, poco mas ó menos, que las precedentes deposiciones. Aquel viajero vió presentarse la cabeza de la serpiente por cima del buque, y aseguró que esta cabeza era tan gruesa como una pequeña lancha, y sus

ojos tan anchos como un plato regular. Añade además que á la sazón tuvieron tal miedo al aparecer el monstruo los marineros de trece barcas de pescar que se hallaban juntas, que de comun acuerdo se refugiaron todas en el ancon mas próximo. Sobrado interés presta la declaración de M. Mac-Lean, para que dejemos de citar uno de sus párrafos. «En junio de 1808 en la costa de Coll, vi la serpiente á media milla de distancia. A primera vista se me figuró que era una roca; pero sabiendo que no había ninguna en aquellos contornos, examiné con mas atención, y noté entonces que se elevaba considerablemente por cima del nivel de la mar, respirando en un ojo suyo despues de un largo movimiento. Alarmado al estraordinario aspecto y enorme corpulencia del monstruo, dirigí el timon de mi barca de modo que no me fuese mucho de la playa, cuando de repente vino hundirse al animal con direccion hacia nosotros, y persuadidos de que nos perseguía hicimos fuerza de remos. Cabalmente en el instante mismo en que acabamos de arillar á una roca, donde subimos todos, vimos deslizarse con repidez á flor de agua hacia nuestra proa, y hallando poca profundidad de agua á algunas tocasas de la barca, enderezó su horrible cabeza, y dando una vuelta se halló embarratado para salir del ancon. Durante el espacio de media milla pudimos observar hoy día: su cabeza era gruesa y ovalada, y su cuello mas afilado que el resto del cuerpo. Sus espaldas no tenían agalla ninguna, y el cuerpo iba adelgazándose hasta la cola, cuya forma no era fácil ver, porque la tenía siempre baja. Era como de unos setenta á ochenta pies de largo, y adelantábase ó elevaba mas lentamente cuando estaba fuera del agua su cabeza; y cuando se codorazaba por cima de la mar, parecia evidentemente que queria distinguir los lejanos ojos.»

Lo que nos hace suponer que en aquellos sitios hubo entonces algunos monstruos, son las diferencias que presenta esta descripción con la utopia de la serpiente muerta que se halló pocos meses despues en las playas de Stroma, una de las Oréadas. Tenia esta serpiente cincuenta y cinco pies de largo, y cerca de diez de circunferencia. Entendiase una especie de erizada melena desde el grueso mayor que ascendia al cuello hasta unos tres pies de su cola, y estas todas, cuando se humedecian, ponianse luminosas en la oscuridad. Estaba provista de agallas que medían cuatro y medio pies de largo, cinco parecidas á las alas desplumadas de un ornó ansar. Visto y examinado este monstruo por muchas personas, quedó descrito en varios relatos legalizados por las autoridades de aquel pais y por algunos sabios, entre ellos el doctor Barlley. Sir Eyerardo Home, citado frecuentemente con distinguida consideracion por Curvier, quiso clasificarlo entre los pesados de la familia del *squalus maximus*; pero no fue admitida semejante opinion por los naturalistas de Escocia.

La Noruega, donde nada de estraordinario ofrece cuento mas á la serpiente marina, riéndose de la duda de los estrangeros, ha visto con frecuencia en sus costas cadáveres de estos animales, sin que por las mismas les pase dar importancia á hacer constar semejantes hechos. Recordarlo mejor cuando á esto se junta otro mas grave incidente: como es la corrupcion del aire causada á veces por la putrefaccion de aquellos cuerpos. Algunos ejemplos tiene citados Ponnopidan.

El relato escrito en Stróaza presta las mas exactas noticias que poseerme puedan acerca de la figura de la serpiente de mar, y en él observamos la notable señal de la melena, en la cual concuerdan los antiguos y modernos noruegos.

Esta es la melena probablemente que compara Pablo Egeda con las orejas ó alas en su descripción de la serpiente marina que vió en su segundo viaje á Groenlandia: «El 6 de julio vimos un horroroso monstruo que tanto se alzó sobre las alas, que llegaba su cabeza á la vola de nuestra palo mayor. En vez de agallas tenía grandes ortigas suspendidas cual si fuesen alas, y de escamas estaba cubierto su cuerpo, que terminaba como el de un serpiente. Cuando se replegaba en el agua, arrastrábase hacia atrás; y en esta especie de voltereta levantaba su cola tan larga como mi buque.»

Olafur Magnus, arzobispo de Upsal, á mediados del siglo XVI, hace mención formal de esta melena en su cuadro de la serpiente de doscientos pies de largo y veinte de circunferencia, de la cual habla como testigo ocular: «Esta serpiente tiene una melena de dos pies de largo: está cubierta de escamas y brillan sus ojos como dos anforchas: algunas veces ataca á los buques, alzando su cabeza como un mástil, y cogiendo á los marineros de encima de cubierta.»

Los mismos caracteres, repetidos en otros relatos, se encuentran en las descripciones de los poetas escandinavos. Con una cabeza de caballo, blanca melena y negros carrillos, atribuyen seisientos pies de largo á la serpiente marina. Añaden tambien que se endereza de repente como un mástil de navío de línea, y arroja subidos que espantan tanto como el grito de la tempestad. Harto vemos en todo esto las afecciones de la exageración poética; pero careceríamos de suficientes datos para determinar el punto preciso en que abandona la realidad.

[Concluid.]

1. Segun los trabajos de Mr. Curvier, cuyo naturalista no halló jamás el mas pequeño fragmento de aquellos huesos entre los huesos fósiles, varios biólogos se han esforzado por en los tres dias de la erupcion, otros tantos especímenes de la silencia de otros el resto del mundo por el estado del clima; hace referencia la obra de Curvier.



(D. Fernando el Católico en la toma de Baza.—Sillería del Coro de Toledo.)

## LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

NOVELA

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Conclusion.)

Luego, pues, que la buena Mari-Perez supo por sus espías que se había ausentado su enlodado esposo, asentó la puerta primera con ayuda de sus convidados como estaba de antes, quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y lo otro consigo, los despidió á todos conjurándoles guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron cansados los pies de bailes, y las manos de castañetas, los estómagos de comer y las bocas de reir, durmiendo á satisfacción de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió su pintor á medio enjugar, en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales oyéndole afirmar lo mismo á la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla. Llegaron en fin á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar corlelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo también á desbautizarse, jurando y perjurando qué era verdad lo que le había referido, y alguna arte del demonio aquella, con que pretendía se desesperase. Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera puerta, y en viendo á su casi padrastra, le dijo:—«¿Con qué cara viene vuesa merced, señor tío, á ver á su muger, ni qué cuenta dará de si quien dejándola á la muerte á las doce, y enviándole por una comadre, vuelve á las ocho de la mañana sin ella y con esta flema?»—«Si tú supieras, Brigida, respondió él, en lo que por tu tía me he visto esta noche, mas lástima tuvieras de mí que quejas: mañana nos vemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de demonios.» Oyóle en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama en solo manto (1), salió dando gritos y diciendo:—«¡Oh qué

solicito marido de la salud de su muger! para frío de cuartanas valeis lo que pesais, Morales mío, que no volveréis en toda la vida. ¿Alizoos mal el sereno de anoche? ¿Venís acatarrado? ¡Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivía la piadosa Marta que os hospedó: bien creisteis vos hallarme muerta cuando volviédes con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero ¡malos años para vos y para quien tal me desee! ¿A qué viene vuesa merced con tese perdido señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he de irme al vicario y pedir divorcio; no quiero aguardar á otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida. Dame de vestir, Brigida; toma tu manto, huye de este busca-comadres.»—«Sosiéguese vuesa merced, señora Mari-Perez, dijo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera que por malos medios quiere hacerlos mal casados.»—«Muger, añadió el afligido pintor, pcesto que os parezca que teneis razon en quejaros de mí, escuchad las mías y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufriros, gastada la que tenia en los embelecros de esta noche.» Confóte en esto todo lo que ella mejor se sabia, con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir.—«¡A mí con papelés! ¡No ven vuestras mercedes que soy cahos negros y boqui-aneha? ¿Hay mas lindas papandujas (1) que las que me venden? ¡Casa de posadas la mía! ¡Mastines, bureo, bailes y óstas aquí anoche! Aun si dijeran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertáran. No lo hubiera hecho mejor conmigo media azumbre del Santo y dos mostachones acompañados de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidadoso marido, que ya mascára tierra la pobre de su muger.»—«Hágaos muy buen provecho, esposa mía, respondió él, y no permitais que me entre en malo á mí, dándome tras de una noche tan penosa, un día tan pendenciero. Juro á todo lo que puedo jurar, que cuanto os he contado me sucedió: en esta casa deben de andar duendes: con venderla ó alquilarla, pasándonos á otra, se remediará todo.»—«¡Y como qué hay duendes, señor tío! acudió la taimada Brigida; las mas noches me pellizan y dan de azótes, aunque blandos, y se rien á rarejadas.»—«Pues ¿cómo nunca

(1) Bufaja.

(1) Paparruchas.

me lo has dicho? dijo la disimulada tia.—«Porqué no imaginasen vuestros mercedes, respondió, que era otra persona en desdén de mi opinión y su casa de mis señores tios.»—«Alto, eso debe de ser sin duda, dijo Santillana; no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pie en la Cuscesma que es mañana.» Hízose así, quedando en ejerzic con los duendes el encantado pintor, y su muger con esperanza de que premiase su burla el diamante pretendido.

No desmayó la bella mal maridada por ver la prosperidad y sutileza de las burlas de sus dos opositores; antes de un camino satisizo sus necesidades; el premio de la burla el uno, y el otro la cura de su celoso compañero, que dispuso así:

Achaba de llegar á Madrid un religioso hermano suyo por prelado de uno de los monasterios que fuera la corte con la recolecion de su vida apuntalan lo que los vicios tienen á pique de avemar. No subia en venida el celoso Santillana, y su muger (cuando ausente por cartas y agora presente por papeles, y una visita que él le hizo) se le habia quejado de la mala vida que sus impertinentes sospechas le lababan, y dicho que si no fuera por su respeto y lo que menoscababa la opinion de las mugeres el poner pleitos á sus maridos y pedir divorcios, se hubiera apartado de él por el vicario. Estaba informado el prudente religioso de los vecinos y amigos del mal-acondicionado viejo, de la razon que su hermano tenia de aborrecerle y vivir desconsolado; y deseando hallar un medio con que alumbrale el entendimiento, y sin romper con el yugo conyugal, pársuadirla ruanda satisficieron era justo tuviese de su esposa, y que celos sin ocasion no suelen ser visio de despertar á quien duerme; pero por mas que estudió sobre ello, nunca alinó traza suficiente que venciese la pertinaz malicia, que ya vuelta en costumbre era casi imposible de desarraigir su sospechosa vejez. Habíale escrito que mirase ella qué modo le parecia mas á propósito, para que sin llegar á dar cuenta de sus trabajos á tribunales casidicos, ella viviese descansada y su marido con sosiego; que por difícil que fuese, él pondría toda la diligencia imaginable en su ejecucion. Ahora pues que halló ocasion para ejecutarle en estas promesas, curar al viejo Santillana y de camino llevarse el diamante; una mañana que él se fué á oír misa y sermón que ser principio de Cuaremas, envió á llamar al bien intencionado fraile, y después de haberse consultado con el floradote sus martirios y pesadumbres, le dijo que no hallaba otra traza mas á propósito para sacarle de la celda: aquel lema venenoso de sus celos, sino era uno que le propuso y después sabreis: refriéndole con toda la elocuencia que dió el artificio persuasivo á las mugeres, con lágrimas, suspiros y encarecimientos, concluyendo en que si no le ejerzaba, sería imposible no acabar ó con sus trabajos desconsolada, ó con su vida remediandola en una vida de su casa por medio de un cardel. El que la mal casada le ofreció tenía muchos inconvenientes; pero en fin atropelló con todo el amor de necesidad, la piedad de religioso y el deseo de impedir alguna desobediencia, creyó de la angustia y sentimiento que nunca Hipólita (que así se le su nombre) mostraba, prontísima llevar al cabo lo que le pedía, señalárenle el día, despidiéndose, llegó á su convento y propuso el caso á sus súbditos; que tanto mucho, y cuando el provecho que se esperaba de él para la quietud de los dos casados, le ofrecieron hacer como les mandase y la animaron á concluirle. Ajetado con esto, envió para el plazo concertado sus cosas de unos polvos efraclimicos para dormir quien los hubiese curado á cinco horas, con tanta diligencia de los acedidos, que solo se diferenciaban de la muerte en la breve distancia con que aquellos restituían el alma á sus vitales ejerzicios. Recibiólos contenta la misma Hipólita, asentándose á cenar con su marido y mezclándolas con el vino, apelaban á sus años, entre botado y botado la daba una reprensión, y entre trago y trago había su sueño. Al alba en fin, sin aguardar que se levantasen los monjes, trató como perra en prezo, siendo tan eficaz la pulvera lastrada, que á no estar sobre el caso la aplicante y moza, creyera (y no lo pensara) que habia maestro Santillana desembarazado el matrimonio. Desnudándose, y echándole en la cama, aguardaron que viniese por él el religioso hermano, que no tardó mucho, pues á las nueve (habiendo echado y quitado para aquel tiempo frío y de invierno) con dos legos y un coche se aparearon á su puerta, y entrando dentro mandó á uno de sus compañeros que venia prevenido de ligeros y navaja, le quitase toda la barba, y abriese una corona de fraile: No se mojó para que no se abriese el obediencia barbero, pues sin barba, porque la frialdad del agua no ahoga la virtud de los polvos, le convuló en reverenda renchida. Era cerrado ya caballo como de moledo, y así como le levantó con toda la perfección venerable, autorizandola las cosas que se creían tan todo lo posible; y despuellada la barba, no pudo dejar de causarle risa á su mozer, viendo vuelto á su marido de mujer en virja. Vistiéronle un habitillo como el de su hermano, sin sentirlo él mas que si esto se hiciera con el conde Parfinitos. Y volviéndose al coche, encargó el prelado á Hipólita encareciéndose á Dios el próspera fin de aquel buen principio. Llegó con él á su habitación, y desembarazado una celda le desnudaron acos-

tándole en una cama penitente, dejándole los hábitos sobre una silla y un candil encendido; juntaron la puerta y se fueron á dormir. Dos horas habia que duraba el éxtasis del aguante novicio, y dos prosiguió en su dormilona embriaguez que era el término puesto á la virtud de los polvos con jurisdiccion de solas cuatro horas; y habiéndola comenzado á las ocho, siguióse que á las doce fenecía su operacion. Tocarón á mártires como se acostumbra en todos los monasterios á media noche, y tras la campana las matraces con que despiertan á los que se han de levantar, que es un instrumento cuadrado de tablas buacas llenas de eslabones de hierro, que cayendo sobre clavos gruesos, y meneándolos aprisa, hacen un son desespacible para los que despiertan y le conocen; y espantoso para los que coje desapercibidos y bisonos en tan grandotes música. Así le sucedió al P. Santillana, pues despertando despavorido y creyendo que estaba al lado de su muger y en su casa, dió un grito diciendo: «¡Jesus! ¿qué es esto, Hipólita?» ¿Cáese la casa, hay treceos ó viene por mí los diablos? Como no le respondió, atentó á los lados buscando á su muger, y no hallándola, lleno de malleas á imaginando que estaba haciéndole (1) bayancas y con el ruido pasado querían echarle el aposento á cuevas, se levantó furioso, y diciendo voces: «¿Dónde estás, adullera! Mala hombre, no dirás ahora que son ilusiones y vejezes las mias. ¿A media noche fuera de mi cama y de mi aposento recibiendo por el pecho el adullero? Mas leales que tú son para mí las tejas, pues cayéndose me han despertado. Daca mis vestidos, muchacha! venga la espada, que yo lavaré mi afronta en la sangre de estos traidores.» Esto, y buscar los vestidos, hallado en vez de ellos los hábitos de fraile, qué todo uno. La novedad de la celda, sin saber cómo ó quién le habia traído á ella, le tuvo como cada cual podrá juzgar por sí; ni sabia si diese voces, ni si era arte de encantamiento, si dormia ó velaba. Fue á abrir la puerta, y estaba sobre ella una calavera, que cayendo sobre la suya, las dos huesos de las canillas le resfriaron la cólera de los celos con la llama del miedo que le causó verse sometido de *Reguero*, juzgándolo á mal pronóstico. Tomó el candil para ver á qué calle, ó campo caía aquel aposento encantado, ó en qué parte estaba; y vió un dormitorio que le causó la vista, lleno de celdas con una lámpara en medio. «¡Válgame Dios! ¿qué es esto? dijo volviéndose á entrar temblando; ¿no me dormí yo en acabando de cenar anoche? ¿Quién pues me ha traído aquí ahora, trocando mis vestidos en hábitos? ¿Si estoy en el hospital? que esta mas parece enfermería que habitación política? (2) ¿Si mis celos me han vuelto loco y para curarme me han traído al nuncio de Toledo? que la estrechez de este aposento mas parece jaula que hospedería. No sé lo que imagino, aunque esto último bien podría ser; pues si no me acuerda tal, ya andaba mi seso dando zancadillas de puro iagrativo sobre la conservacion de mi honor; y no será mucho que haya algunos dos ó tres años que me estén curando en este hospital, y ahora vuelto en mi juicio, me parecen que me anoche cuando estubo muerto y seguro en mi casa y con mi muger. Si ya esto como imagino, á navaja quitan los cabellos y hallas á los barcos y á los pulentes, la mia me sacará de este ignom.» Echó marco á ella y hallóla tigre, habiéndola él criado con trabajo, tendiéndole la cabeza y hallándose coronado por rey de los ojos moridos. Lloró su juicio constado, tendiéndose por conventual del Nuncio, creyendo que por hartazgo de él, como suele hacerse con los de su profesion, le habian puesto la cabeza de aquel modo. Con todo eso se consolaba; pareciéndole que pues estaba en ver entantes el estado en que estaba, habia ya vuelto en su juicio, y según esto saldría presto de aquel estajo desacreditado: solo le desastaban los hábitos que él habia visto en Toledo, andaban vestidos de ropas hurladas, pevoson de religiosos. Entre estas confusiones ridículas estaba en su celda desnudo sin haberle acordado que se vistiese el frío, ni enter él por donde ó cómo acomodar la diversidad de obagues y confusion del habitillo, que en su vida se habia puesto, cuando entrando el compañero que daba luz á los domos frailes le dijo:—«¿Cómo no se viste, Padre Robolledo, si ha de ir á matines?—¿Quién es aquí Robolledo, hermano mio? ó ¿qué mártires ó visperas son estas que me deslucen? respondió el casado fraile.—Ei sois loco cómo yo lo he sido, y es ese el tema de vuestra enfermedad, yo ya estoy sano por la misericordia de Dios, y no para oír disparates. Decidme dónde hallaré al doctor, y dejad de rebullarme.»—«Con buen honor se levanta, padre Robolledo le dijo el religioso; vístase, que hace fria y mira que voy á tocar segundo, que es mal acondicionado el superior.» Fuese con esto dejándole muy confuso, y Yo Robolledo le decía: ¡yo fraile y mártires, no habiendo sus horas que al lado de mi Hipólita trataba una en peñira celos que entonan silabas! ¿Qué es esto, ánimas benditas del purgatorio? Si dormia, quitadme esta molesta preñidilla: si estoy despierto, reveladme este misterio ó restituidme el juicio que sin duda he perdido.» Pasmado se colaba, sin aceptar á vestirse,

(1) Bayancas, bayancas, bayancas.

(2) Política, política, política. (3) Reguero, Reguero, Reguero.

obligándole el frío á traer las frazadas aqueadas, cuando vino otro fraile, y le dijo:—Padre Rebollado, el vicario de coro dice ¿por qué no va á matinales, que son cantados y vuestra reverencia es semanero?—¿Yalguna la corte celestial? replicó el nuevo fraile, ¿Qué, en fin soy padre Rebollado yo, siendo ayer Sanfillana? Dígale, religioso, si es que lo es ó hermano loco, si como imaginó estamos en algún hospital de ellos, ¿quién me ha puesto en este estado? ¿Cómo ó por qué me han quitado mi casa, mi hacienda, mi mujer, mis vestidos y mis barbas? ¿O qué vergüenza la descomulgada, ó Avia el encantador ando por aquí, y ha rematado con mi seso?—«Bueno está la tema y disparate; respondió el corista, para la pizca con que vengo á llamarle. Delantero debió de cargar en el resectorio, padre Rebollado, pues aun no se han despedido los arroños de Baco: vistase, y si no acierta, yo le vestiré.» Echóle entonces el hábito encima; y al ponerla la capilla, como era estrecha, creyendo que era algún espíritu malo que quería ahogarle comenzó á dar gritos: «arredo vayas Satanás; déjame aquí, ángel maldito, ¡Animas del purgatorio, Santa Margarita, San Bartolomé, San Miguel, todos abogados contra los demonios, ayuda y favor, que me ahora este diablo capillado! Y escabulléndose de las manos, rotas la capilla y arañado el fraile, echó á correr por el dormitorio adelante. Atentos y escondidos habían estado oyendo la escarpela ridícula el prelado y súbditos, reventando la risa por romper los límites de la disimulación y silencio que este caso requería; pero saliendo juntos con las velas encendidas que habían prevenido para el coro, le dijo severo el disimulado superior: «padre Rebollado, ¿qué escándalo y descompostura es esta? ¿Al fraile que yo envío para que le llame al coro trata de esa suerte? ¿Has ido tan pronto en un ordenado de grados y corónas, y á la culpa de no venir en fiesta dobla á haber su oficio añado el descomulgarse? Aparejese luego, que con un *Miserere mei* se le aplazarán esos hinos.—¿Qué es aparejar? respondió el colérico monje: ¿soy yo bestia? ya lo estoy, y por defenderme de vuestras ilusiones, espíritus condenados, está la cruz, no tenéis parte en mí, que soy cristiano viejo de la montaña, haurizado y con crisma. *Pegite, parties adterna*. Estos y otros desatinos comenzó á ensartar con no poco tormento de la risa de los circunstantes, que se mofaba puertas adentro de la boca; pero haciéndole agarrar á dos donados, y diciéndoles el prelado: resiste fraile esta loco, mas la pena le hará cuerdo, le asentaron en las espaldas de un par una colación de cánelones, que pagó con mas cardenales que tiene Roma. Daba gritos que los ponía en el cielo, diciendo: «Señores, ó frailes, ó diablos, ó lo que sois, ¿qué os ha hecho el pobre Sanfillana para tratarle con tanta rigurosidad? Si sois hombres, doléis de otro de vuestra especie, que jamás hizo mal á una mosca, ni tiene de qué enojarse sino de la mala vida que sus celos han dado á su mujer; si sois religiosos, basta la penitencia, pues no trae sobre culpa que yo soy; si sois demonios, decíame por qué pecados os permito Dios que me desoléis de esa suerte? Menudadea el padre descomulgado en esto, diciendo:—«Todavía da en su tema! pues veamos quién de los dos se casa.»—«Ya lo es hoy, padre de mi alma, respondió el penitente por fuerza; por la sangre de Jesucristo que tenga bastanta de mí.—¿Pues ¿comendarse de aquí adelante?—Si Padre mío, yo me recomendaré, aunque no sé de qué.—¿Cómo que no sabe de qué? replicó; ¡miren qué gentil modo de conocer su culpa! Aquí no está como ha de estar; aguarde un poco; y diciéndole esto, le sacóse las espaldas.—«Padre de mi corazón,» dijo entonces echándose en el suelo, escanliso que soy el mas mal hombre que pisa la tierra; tenga misericordia de mis carnes, pues Dios la tiene de mi alma, que yo me temiendo.—¿Sabe, le replicó, que es fraile, y que en los que son las culpas veniales son de mas escabullo que las mortales del siglo?—«Sí, padre» respondió, «bailé soy, aunque indiguo.—¿Sabe la regla que profesa? prosiguió; y él también en responderle.—«Sí, padre: qué regla es? La que vuestra paternidad me ha servido; no repara en reglas, aunque entre la del gran San.—¿Será desde aquí adelante humilde y cuidadoso en su oficio, padre Rebollado?—«Sí, padre» respondió, «y todo lo que quisieren.»—«Pues here las pies á este religioso y dijo, maltratado por él, y pidiendo venia.—«Basta las pies, padre mío, dijo horrada de dolor mas que de arrepentimiento; y pidiendo venia, ó lo que es esto que me mandan la pía.» Solieron la risa todos oyéndole, que no podían sufrirle. Repetidas el prelado diciéndoles: «¿De qué su risa, padres, habiendo de tirar la parvada del juicio de un fraile, el mejor que tenemos; y que ha servido quince años este monasterio, con la mayor puntualidad que la religión ha visto?—«Quince años yo! decía entre sí el pobre Sanfillana; ¿hay encantamiento semejante en cuantos siglos de zambaleja desayunados moceados? Alto; pues tanto lo dicen, verdad deba de ser, aunque no sé el cómo! porque á mí se me, ¿qué les importa á esos bandidos el mal que me y a mi mujer?—«Vengase al coro con nosotros,» le dijo el eunudo que no conocía, obligándole el celoso por su dolo; comenzaron á cantar las matinales, y mandó que cantasen la primera antífona. Había él de música lo

que de vainicas, pero no osó replicar, temeroso de otra tonada, la cantó regañando de suerte, que prosiguiendo la risa de todo el coro; y no pudiéndola disimular, el superior le mandó llevar al cogo, donde le tuvo tres dias tan fuera de sí, que faltó poco para no renunciar con el siglo el seso. Al cabo de ellos le sacaron, y mandó el prelado fuese con un compañero á pedir el pan de limosa, que se acostumbra los sábados. Diéronle su talega, y sin replicar palabra, como una oveja, cumplió la obediencia. Llególe de industria el que le acompañaba, á la calle donde vivía su mujer; y reconociendo la casa, adentado y con nuevo espíritu dijo entre sí: «¿Aquí de Dios! ¿Esta no es mi casa? ¿Yo no estoy casado con Hipólita? ¿Quién diablos me ha metido en frailes que no apeteci en mi vida? Matrimonio me llamo.» Entróse con esto en el portal, y hallando á su mujer allí, abrazándose con ella, comenzó á decir.—«Esposa de mis ojos, castigo del cielo fué esto por la mala vida que le he dado: fraile me han hecho sin saber cómo, ó por qué; pero desde hoy mas buscarán talegueros; que yo matrimonio me llamo.—¿Qué descompostura es esta? dijo á voces la mal casada; aquí de la vecindad, que este loco atrevido ofende mi honra.» Acudió el compañero y parte de los vecinos, que le desconocieron por faltarle la longitud de la barba y estar en tan desosoado traje, y tan macilento con las penitencias pasadas que pudiera vender flaqueza á los padres del yermo; y le apartaron á empellones, diciéndole oprobios satíricos. «Déjeme vuestras mercedes; acudió el compañero, «y no se espanten de lo que hace; que ha estado el pobre seis meses loco, y su tema principal es decir á cualquiera mujer que vé, que es su esposa. Hémosle tenido en una cadena; y habiendo mas bien de dos meses que mostraba tener salud, á falta de frailes que han ido á predicar por las aldeas esta Cuarema, me mandaron lo trajese conmigo á pedir hoy la limosa, bien contra mi voluntad.» Diéronle todos crédito, lastimados de su desgracia, que cuanto mas guilaba afirmando era el marido de Hipólita, mas la acreditaba. Llególe medio loco de verdad, y en son de atado á su convento; volvióronle á disciplinar y meter en el cogo, donde despues que purgó mas de otro mes los malos dias que había dado á su mujer, al cabo de ellos y á la media noche le despertó una voz que decía en tono triste

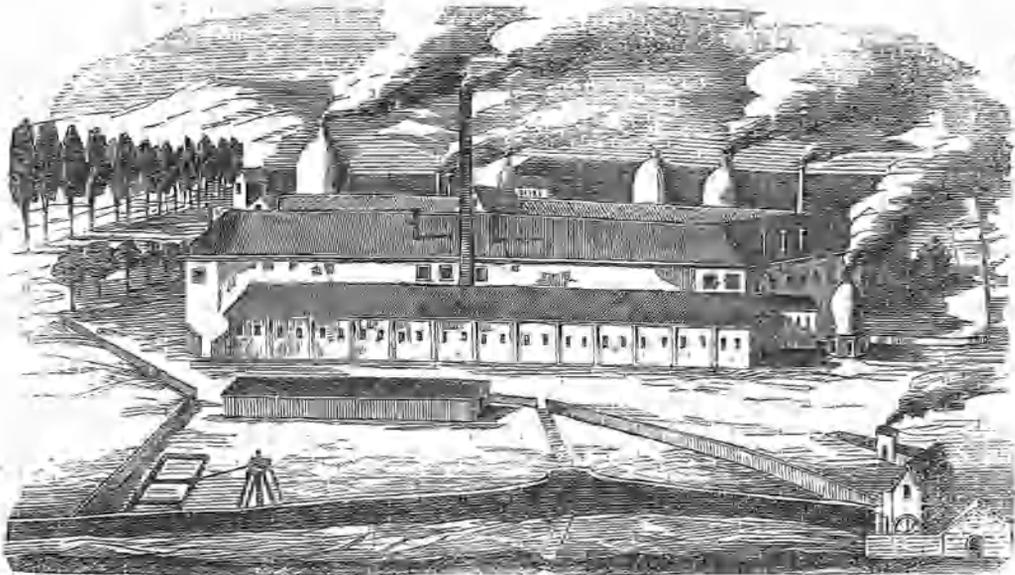
«Hipólita está inocente  
de los muchos celos;  
y así te han hecho los cielos  
de este cogo penitente.  
Por necio es imperitente,  
en ti su venganza funda  
el que te ha dado esa tonada;  
por eso, si sales fuera,  
éscame en la primera,  
y no aguardes la segunda.»

Repitió esto tres veces la fúnebre voz, y él puestas las manos levantando, con la mayor devoción que pudo respondió; «¿Cómo diávo ó humano, quien quiere que seas, sácame de aquí; que yo prometo verdadera enmienda.» Diéronle despues de esto de cenar, y la bebida de de vino, que no lo había probado desde el dia primero de su transformación (penitencia mas áspera para él, que todas las demás); bebió, y con él dos veces mas cantidad de los mismos polvos que primero durmióse como antes; habiase crecido el cabello y la barba subitamente; alzáronle, dejándole lo uno y lo otro en la disposición antigua, y llevándole en otro coche á su casa, se despidió el religioso, médico de celos, de su hermano, con esperanza de que cuando despertase, hallaría sano á su marido y enmendado. Púsole los vestidos sencillos sobre una arca cerca de su cabecera, acostosa á su lado, acabó el sueño, junto con la operación de los polvos al amanecer, por haberlos él tomado á las diez de la noche. Despertó en fin, y creyendo hallarse en el cogo, tal que estaba en la cama y á oscuras. No lo acababa de creer. Tenió si bien calchones aquellos ó macera, y topó á su mujer á su lado; imaginó que era algún espíritu, que proseguía en tentarle, dió voces y ensartó letanias. Estaba velando Hipólita, y aguardando el fin de aquel suceso; fingió que despertaba y dijo:—«¿Qué es esto, marido mío, qué tienes? ¿has dado como suele el mal de la cabeza?—¿Quién eres tú que me lo preguntas? dijo despertando él ya sano celoso; que yo no tengo mal de la cabeza, sino mal de fraile.—¿Quién ha de ser la que duerma con vos, respondió, sino vuestra mujer Hipólita?—¿Jesus sea conmigo! replicó él.—¿Cómo entraste en el convento, mujer de mi vida? ¿No vez que estás descomulgada y que si yo sabe nuestra mayoral á superior, te escabulleran las espaldas, dejándotelas como roedas de salmón?—¿Qué convento ó qué chanzas son esas, Sanfillana? respondió ella.—¿Dormis todavía, ó qué locura es esta?—¿Luego no soy fraile de quince años há? preguntó él, «y enmendado de antilonas.—No no sé lo que os decís; non esos límites y respicó ella: levantaos, que es medio dia; si habeis de traer que comamos.» Mas acordado que nunca se tomó la barba, y hallóla cumplida, y la cabeza descomulgada; mandó ábrer la ventana, y se vió en

su cama y aposento; los vestidos á su lado, sin rastro de cepo ni de hábitos, pidió un espejo, y vió otra cara diferente de la que los días pasados le enseñó el de la sacristía: hacíase cruces acabando de creer el oráculo coplista. Preguntábase disimulada la mujer, que ¿de dónde procedían aquellos espantos? Contóselo todo, concluyendo en que debía de haberlo soñado aquella noche, y Dios le debía de mandar su enmendarse y tuviese la satisfacción que era justo de su mujer. Apoyó ella esta quimara diciendo que había prometido nueve misas á las ánimas si le alumbraban á su marido el entendimiento, y que si no había determinado echarse en el pozo. «No lo permita el cielo, Hipólita de las Hipólitas,» respondió él: pidiéndola perdon, jurando no creer aun lo que viese por sus mismos ojos de allí adelante; con que dándole libertad para salir de casa, hubo de ir con las otras dos amigas á la del Conde, alegando cada cual su burla, y quedando tan satisfecho él de todas, que por no agravar á ninguna, las dijo: «El diamante, oca-

sion de inutilizar, señoras, vuestros ingenios, se me había perdido á mí el día de su hallazgo; él vale doscientos escudos, cincuenta promet de añadidura á la vencedora; pero todas merecáis la corona de sutiles en el mundo; y así ya que no puedo premiaros como merecéis, doy á cada una estos trescientos escudos, que tengo por los mas bien empleados de cuantos me han granjeado amigos; y quedaré yo muy satisfecho si os servís de esta casa como vuestra.» Encarecieron todas su liberalidad, y volviéndose mas amigas que antes, se hallaron al cujero vuelto ya de su viaje, y olvidada su burla; al pintor, que había vendido su casa y comprado otra por evitar bellaquerías de dueños; y á Santillana tan satisfecho y enmendado de sus celos, que desde allí adelante veneró á su mujer como á merecedora de oráculos protectores de su buena vida.

FIN.



EL HOSPITAL DE LUGO.

Los hospitales de la caridad han precedido á las casas de beneficencia. Esta circunstancia, que á primera vista no se aparta del primitivo instituto de estas fundaciones, es la expresión histórica de una revolución política. *La filantropía ha sucedido á la caridad*: el Estado reemplazó á la Iglesia. En otros tiempos los reyes y los prelatos establecían los hospitales y casas de reclusión, asignándoles rentas y concediéndoles privilegios; en nuestros días el Estado establece las casas de beneficencia, y sus dotaciones forman una de las sumas de los presupuestos provinciales y municipales.

En Santiago—ciudad que años atrás daba la iniciativa en las mejoras locales de la provincia—el hospital Real fué fundado por los reyes Católicos en 1501; el de San Roque por el arzobispo Blanco de Salcedo en 1577, y el antiguo Hospicio á instancias del prelado Rarajoy y Losada, de 1768 á 1769. En esta población el hospital Real tenía una bula de indulgencias concedidas á los que criasen los espósitos y matrimoniasen á las espósitas adultas, recogiendo algunas veces las segundas en los monasterios de monjas (1). En los años de carestía los arzobispos y los cabildos socorrian la miseria pública abriendo sus graneros al pueblo exhausto. El prelado D. Juan Tavera (1524—1525) fundó seis dotes para seis doncellas pobres; D. Juan San Clemente (1586—1605) fundó el colegio de Huérfanas de esta ciudad, y Fr. José González en 1638 compró el trigo de Castilla, donde estaba cada carga 220 rs., para los pobres de la diócesis. No hace muchos años—de 1768 á 1769—el cabildo compostelano comisionó á un delegado suyo para que comprara granos en el extranjero, á cuya filantrópica idea se asoció generosamente el conde de Altamira para aliviar la degeneración de los que carecían del necesario mantenimiento. Entonces la miseria era socorrida en nombre de la caridad cristiana.

Hemos apuntado estas ligeras observaciones y recuerdos históricos de la pasada beneficencia pública al recordar el origen del hos-

pital de Lugo, cuya vista presentamos á nuestros lectores al frente de este artículo.

Una orden religiosa cuyo instituto era socorrer á los desvalidos y auxiliar á los enfermos, fué la que amparó en su origen el hospital del antiguo convento-jurídico de los romanos. En la parte mas septentrional del interior de Lugo, cerca de la Puerta Falsa—hoy llamada de la Coruña—existe una antigua y espaciosa casa que perteneció á los monjes de S. Juan de Dios. El obispo D. Alonso Lopez Gallo, señor de Lugo, por escritura que otorgó en 7 de abril de 1621, ante Gabriel de Neira, fundó dentro de sus muros un hospital de curidad con el título de S. *Bartolomé*, dotándolo con 7,000 ducados de principal que producían 3,500 ducados de renta, con destino á pobres enfermos de ambos sexos, asistidos y mantenidos con esta asignación. Su patronato fué concedido al cabildo y ayuntamiento, como los representantes de las dos jerarquías mas legítimamente autorizadas de la población. En 1659, siendo obispo D. Juan Velez Valdivieso, se entregó la administración de este hospital á Antonio del Espíritu Santo, hermano mayor del hospital de San Roque de Orense, co-administrador de todos los de Galicia y hermandad de siervos pobres del hábito é instituto del P. Bernardino Obregon. Posteriormente se echó de ver que la administración establecida no correspondía á los deseos del fundador, y para mejorarla se entregó á la religión de San Juan de Dios en 1741, la que se posesionó formalmente en 16 de setiembre de 1720, en virtud de bula derogatoria de la cláusula de la fundación, que prohibía administradores exentos de la jurisdicción ordinaria, siendo obispo D. Manuel José de Santa María y Salazar. De esta manera se dió en administración perpetua á la mencionada religión, con reserva del patronato, y fué el primer prior y gobernador de la orden Fr. Gregorio Fernández Pintado. Desde esta época hasta 1833 fué regido el establecimiento por estos hospitalarios, y en este año volvió el patronato del ayuntamiento, el cual nombra su administrador. El obispo D. Francisco Izquierdo, tan celoso como benéfico, concibió la idea de fabricar á su costa una suntuosa iglesia que remodelase á la de San

(1) Antig. const. del Hospital—1029—65, párrafo 60.

Darolomé, y este pensamiento fué llevado á cabo en 1763, embelleciendo á la ciudad con un edificio que llama la atención de los inteligentes, no solo por su mérito artístico, sino también por su elegancia y sencillez.

Esta iglesia está unida á la casa-hospital, y su interior corresponde á la intencion piadosa del fundador. El hospital se llamó convento durante la administracion de los monjes, y aunque no tiene la distribucion conveniente para este objeto, puede admitir hasta doscientos y cincuenta enfermos, porque ademas de su primer instituto de caridad, también está destinado á hospital militar donde los celosos administradores, á cuyo cargo estovo desde 1840, los señores Rodríguez y Alfronda, introdujeron mejoras de utilidad estableciendo los nuevos métodos que exige la buena asistencia de los enfermos. El hospital de Lugo es uno de los mejor servidos y arreglados de Galicia.

La casa con la iglesia, claustro, patios, huerta, fuente y demás dependencias necesarias para su buena administracion, forma una manzana aislada é independiente de otros edificios, ofreciendo la ventaja de que en la entrada principal del medio hay un espacio campo que sirve de recreo á los convalecientes, y en el cual tienen lugar los ejercicios militares de las tropas que se alojan en el inmediato cuartel de San Fernando.

La antigua ciudad de Lugo, enriquecida con monumentos que cautivan la atención del viajero, puede vanagloriarse de que posee un hospital que puede ser colocado al lado de los principales de Galicia, no solo por su escogida distribucion, sino también por el conjunto arquitectónico que presenta dentro de las murallas romanas de la población. Construido en uno de los estrechos de la ciudad, alja de sus habitantes la constante representacion de las necesidades públicas, y corresponde á los principios consignados por la higiene. La oportunidad de su construcción avalúa la perseverancia empleada desde principios del siglo XVII en su mejoramiento progresivo.

Santiago—4.º—dic.—1880.

AUSTO NEIRA DE MÓQUERA.

## REVISTA SOCIAL.

### Exposicion de Actores.

*¿No se confunde á lo menos á las  
baldas de nadie bosquejamos raras  
y algunas caricaturas por casuali-  
dades que existen ó alguna vez lugar de  
corrección en el teatro, aconsejamos  
al original que se corrija en la misma  
manera, pero que deje de parodiarse.*

Laura.

Jamás ha lamentado la escena teatral la falta de un escritor que arrojan en el terreno de la publicidad el acta de sus espectáculos, espuestas con imparcialidad ó sin ella los defectos y las bellezas de sus actores. Pero este inmenso teatro que tiene por bombalinas el cielo, por bastidores el horizonte y por proscenio el mundo entero; en que han hecho de tramoyistas hombres como Alejandro y Napoleon, de espectros todos los cortesanos del universo, y de apuntadores todos los vicios humanos, carece de una revista en que, dejando aparte la gravedad de la historia, describa los principales papeles con el lapiz de Cham ó de Grandville. A este siglo que todo lo exagera, solo la caricatura pueda simbolizarlo fielmente en la imprenta, como lo simboliza ya en el grabado. Tracemos, pues, la revista de este teatro en que se representan dramas que tienen la poesía de Víctor Hugo, la verdad de Dumas, el sentimiento de Bouchard; pero que ninguno de estos escritores ha trasladado á la escena, porque todos los vicios de una sociedad no caben en el palco escénico, como todas las pasiones humanas no caben en el corazón del hombre. Necesitan un campo mas vasto en que estenderse y desarrollarse; de otro modo competirían, como el vapor comprimido, las paradas que los encerrase. Además, espuestas esas vicios á la especulacion pública, no por eso se borrarían de la sociedad que ese mismo público constituye. *El teatro no corrige las costumbres*—ha dicho Laura; la sociedad tampoco...., así están los cadalsos que no me dejarán morir. La pena de muerte es un horror de sangre en la página de las sociedades modernas. El público que asiste al teatro se rie de sus vicios; cómo el que concurre á los toros insulta al picador que sale bien librado de una suerte; cómo el que presencia una ejecucion pública se divierte con la serenidad ó la entereza del reo.

Volviendo á nuestro objeto, todos en este teatro que llamamos mundo concurrirán al desenlace de un drama social, y todos seran actores de otro drama individual. Este drama no resuena en todas las naciones. En él jamás triunfa la virtud: diferencia notable entre el

drama teatral y el drama humano. No existe la naidad de accion; el hombre que hoy es orgulloso por creerse independiente, incienso mañana la vanidad de un ministro. La unidad de tiempo es cuestion de audacia, y su cantidad está en razon inversa del número de méritos del protagonista. La unidad de lugar es un obstáculo á la ambicion de los actores, y todos procuran quebrantarla. Las entradas y salidas siempre están justificadas, lo que no sucede en la mayor parte de los dramas escritos. La fisonomía de cada actor está pintarrajada segun su carácter; el papel que intenta representar. Corramos el telon de las apariencias, y pasemos en revista las cualidades mas culminantes de los principales actores.

El teatro representa un estenso paseo ocupado por una multitud que se apaña, empuja, pisotea y oprime. Ese paseo lleva un nombre que no merece: ¡Antifrasis sociales que hallaremos en muchas partes!

Ved ahí mujeres que ostentan en sus vestidos el oro de la vanidad, y que tienen sumergida su alma en el lodo de las pasiones. Características del drama social que adormándose con los atavíos de damas jóvenes, viven condenadas á representar un papel que nunca está en su acuerdo. Todo lo exageran, hasta el orgullo: *intolerabilis nihil est quam femina ibes.*

Niños que una mirada atrevida hace cubrir con el rubor de la vergüenza; esa capa de colorete teatral que pocas conservan hasta el fin del drama. La agitacion mundanal borra con las gotas del sudor el carmin de su semblante, como borran las lágrimas sinceras el dolor de un corazón aludido.

Jóvenes revestidos de un barniz social que oculta los defectos de una armazon humana llena de porosidades y de vicios. Papeles de calaveras que visten su cuerpo con los trages de la moda para ocultar los harapos de su alma.

Ancianos que el peso de la edad sacorva hacia la tierra, pero que aun dirigen sus pupilas al mundo, que se aparta de ellos como un actor que desconfiando de sus fuerzas dirige al apuntador fúrbivos y desconsoladoras miradas. (Inteligencias débiles que más han podido comprender en un siglo de aprendizaje!)

Escritores políticos de doble-filo disfrazados con una opinion, y que refuelan sus artículos con la trifulca de sus reátores ó el incienso de sus ambiciones. Actores que cambian de trage á cada escena, y que ridiculizan con sus sarcasmos el manto que tal vez han llevado sobre sus hombros.

Jóvenes poetas que si el mundo no baña con los vapores del elogio, ellos mismos se erigen sacerdotes, y esclaman con Horacio: *non erunt mortui.*

Literatos de bohardilla, artífices de coplas, arlequines literarios que pretenden descalzar á Plauto de su coturno, y adormándose con las gatas de un *equilibrillita* francés se creen los reyes de la escena y son los Comedias de la literatura dramática.

Envejecidos lacayos que visten con alfiler la librea de la servidumbre, último resplandor de una época que borró del mundo la dignidad del hombre. Actores que siempre se presentan en público para recibir los silbidos de la platea. Sus galoneados vestidos son un acto de insolencia. ¡Antitesis humanas! La virtud en la pobreza, la avareza en el poderoso, la insuficiencia en el profesorado, la ignorancia en el foyot, el orgullo en la mendicidad, la muerte en la vida....

Soterosos carruages en cuyas cajas se ven esculpidas las armas de la familia que enfierran como la etiqueta de una sangre distinta de la de los demás hombres. Carreages que se elevan sobre el nivel de los otros actores, como el vicio sobre la virtud, como el lujo sobre la pobreza, y que ocultan entre mullidos almohadones á los Tolmas, los Maizquez y los Larrick del mundo teatral; notabilidades que jamás se acercan á las luces del prosenio por no confundirse con el tropel de espectadores. Son como el oropel de sus salones; brillan de lejos y á la luz artificial de la hisonja. Los directores de escena jamás se confunden con los histriones del arte dramático. La riqueza de sus trages es la capa de sus intrigas, como en el último periodo del reinado de Luis XIV se ocultaba bajo el destello de los diamantes la corrupción de aquella corte. La ostentacion del vicio es también un lujo, y sus puertas son como las del infierno que describe Milton: una vez abiertas no se cierran jamás.

La degradacion de las virtudes humanas marcha siempre en sentido inverso á la posicion social, y la opulencia del cuerpo oculta siempre la miseria del alma; pero esa miseria que se arrastra para subir un escalon mas en las gradas de las verdades humanas; esa miseria que *por que oculta la mendicidad bajo un título*. Habzo llamas españolas, pero que es universal. Los accidentes de la organizacion humana no reconocen patria.

Ninguno como esos actores desempeña su papel; ninguno mejor que ellos sabe aparecer en su semblante las sensaciones que luego experimenta. Esas sonrisas que á veces divagan por sus labios con el sarcasmo de la satisfacion; idioma universal de la inocencia, adu-

rado por los vicios de la corte. De la sonrisa cortésana al desprecio no hay quizá un paso, como del placer al dolor puede no haber siquiera un latido del corazón humano. Esas palabras que por las necesidades del drama dirigen algunas veces al público, halagan nuestros oídos como el sonido de una música armoniosa; pero distan de la verdad como la poesía del cálculo, como el recuerdo del presentimiento. Os recordaré á este objeto ciertos versos del octogenario Casti:

E il cortigliano in simular audace  
vive talor fraternamente incieme;  
ma d'amicizia sotto il vel coperto  
cova nel cor d'inimicizia il seme.

Dejémosles pasar sin desentrañar de sus almas los misterios que encierran; el desarrollo de ese drama pertenece á Dios. Nosotros solo hemos deducido del modo de presentarse en la escena pública la significacion teatral, como en un cuadro corroído por el tiempo busca un iconómomo los rayos característicos de un pintor famoso ó de una esclarecida escuela.

Tal es en resumen lo que se ofrece á nuestra vista en una pequeña parte del teatro del mundo; multiplicad los personajes y vereis la totalidad, vereis lo que dice Virey: muchísimos idiotas, poquísimos instruidos; muchos bárbaros, pocos civilizados; muchos pobres, pocos holgados; muchos iníquos, pocos virtuosos; muchos desventurados, pocos felices.

Sobre esa multitud que ligaramente hemos recorrido flotan una porción de palabras, como la espuma ligera de aquel brebaje humano agitado por los oscuros resortes de la voluntad. Recojamos esas palabras pronunciadas por las exigencias del diálogo ó por los recursos de la adulacion.

*Virtud, pundonor, probidad, desinterés, justicia, independencia, verdad, libertad, patriotismo, amistad, deber, honor, sacrificios...*

Palabras divinas que el hombre pasea por el cielo del mundo para arrojarlas en seguida en el Ganges del olvido, como hacen los indios con sus imágenes. Cada generacion tiene sus palabras como cada época sus hombres, como cada culto sus idolos.

Palabras hermosas en que la corrupción social ha impreso ya su sello, y que, como otras muchas, no sabemos lo que quieren decir. Las conoceremos por el sonido, como las palabras de la mujer que amamos, sin que estas y aquellas signifiquen algo.

Si por el eco de esas palabras llegáis á la fuente de que han partido y demandis su significado, jamás obtendreis una respuesta. Es lo mismo que si preguntáis á un médico qué es vida; á un psicólogo qué es alma; á un geómetra qué es punto; á un mecánico qué es fuerza; á un físico qué es gravedad; á una mujer qué es virtud...

Si finalmente estáis mezclados de voces en el crisol de los años al fuego de la experiencia, hallaremos en el fondo una palabra sola á que todos rendimos culto; la *mentira* cubierta con la escoria de las pasiones. En esa palabra se resumen todos nuestros sentimientos; es el único motor humano; es el *genesis* de toda consideracion humana. ¿No habeis oído decir que en pos de la tumba está el mundo de la verdad?... pues es en contraposición sin duda del que habitamos, que es el mundo de la mentira. Oid al que os habla, y siempre podreis esclamar con Argensola:

¡Lástima grande  
que no sea verdad tanta belleza!

Si generalizando las palabras de Juvenal podéis decir: ¿qué haremos en el mundo? *yo no sé mentir*; á identificándose con el malogrado Larra preguntáis:

¿Qué haremos por acá los que ignoramos  
el fraude, y la lisonja, y la mentira,  
y los que por orgullo no adulamos?

entonces quizá os espere el destierro del primero ó la desastrosa muerte del segundo. *Mentid y medraris*; hé aquí el epígrafe del código social, hé aquí el único precepto escrito en el album de todas las generaciones.

¡La verdad! dadme la linterna de Diógenes, que quizá en un siglo de palabras sea mas fácil hallar una sola que un hombre en los tiempos de aquel filósofo. La buscaré en esos prólogos escritos por un amigo del autor de la obra en que aparecen; en esas revistas bibliográficas escritas por un deber de amistad ó por satisfacer una deuda igual; en esos anuncios en que habla el editor por boca del autor; en las biografías de los prohombres de un partido político que se halle en el poder; en los artículos de fondo de un periódico de la situacion; en los juramentos de un hombre que ama, y en los de la mujer que le corresponde; en los bandos de policía urbana; en los adornos escéuticos y en los

trages de un teatro de segundo orden; en los dignatarios que no hablan y en cualquiera que hable mucho...

Descritos ya los personajes que á la voz de otro *Gótesillo* hemos de zacar ó relucir en nuestro retablo; manifestado el valor de ciertas palabras como la exposicion del drama que aquellos están llamados á representar, dejaremos para otra revista el relato de algunas escenas si tenemos tiempo y humor para abrazar la pluma satírica. Estos monumentos destinados á molejar nuestras mismas faltas, son intermitentes: es la fiebre del escritor que destila las mas amargas verdades al través del risaño tejido de sus artículos; verdades derramadas á torrentes sobre su cabeza, y de las que solo se desprende lentamente como un avaro que va mermando un tesoro moneda á moneda... dejaría de ser hombre si la hiel de su corazón la escupiese de golpe sobre la victima que desea stormentar poco á poco.

EL MON RUA FIGUEROA.

A UNA NUBE.

SONETO.

¡Qué hermosa vas del huracan violento,  
nube ligera, en las tendidas alas!  
¡Qué tauda cruzas las etéreas salas  
cambiando formas á merced del viento!

Del sol poniente al rayo macilento  
cándida brúlas y á la nieve iguales,  
y embebecido en tus lucientes galas  
te sigue con afán mi pensamiento.

Así tambien, del fuego en que aun me abraso  
al empuje febril, mi fantasia  
ciega y brillante se entregó al acaso;

Y vió caer tambien su hermano día:  
y el sol de la esperanza en el censo  
tambien su última luz el alma envia.

J. RÚMEA.

Santander—julio—1849.

Véase en el siguiente estado cómo apreciaba Mr. Akenside, en el último siglo y bajo la influencia de la escuela clásica francesa, á los diferentes poetas del mundo:

	Composicion gobada.	Situacion patética.	Movimiento dramático.	Belleza de expresion.	Gusto.	Colorido.	Veredictacion.	Modo.	Valor total.
Ariosto.....	»	48	10	15	14	15	16	10	15
Boileau.....	48	16	12	14	17	14	15	16	19
Cervantes.....	17	17	»	17	12	16	»	16	14
Corneille.....	15	16	15	16	16	14	12	16	14
Dante.....	12	15	8	17	12	13	14	14	15
Eurípides.....	13	16	14	17	15	14	»	15	12
Homero.....	18	17	18	15	16	16	18	17	18
Horacio.....	12	12	10	16	17	17	16	14	13
Lucrecio.....	14	5	»	17	17	14	16	»	10
Milton.....	17	15	15	17	12	18	17	18	17
Molière.....	15	17	17	17	15	18	»	16	14
Pindaro.....	10	10	»	17	17	16	»	17	15
Pope.....	16	17	12	17	16	15	13	17	15
Racine.....	17	16	15	15	17	15	12	15	15
Shakspeare.....	»	18	18	18	10	17	10	18	18
Sófocles.....	18	16	15	15	16	14	»	16	15
Spencer.....	8	15	10	16	17	17	17	17	14
Tasso.....	17	14	14	15	12	13	16	15	12
Terencio.....	18	12	10	12	17	14	»	16	10
Virgilio.....	17	10	17	17	18	17	16	17	16

Tal es la opinion de Mr. Akenside, con la que no estamos enteramente conformes. La presentamos solo como un documento curioso, que no siendo por otra parte mas que la opinion aislada de un hombre de elevada inteligencia, sabrá rectificar la de aquellos de nuestros lectores entendidos en la materia.